

Andrés Henestrosa en la memoria

Hace unas semanas falleció Andrés Henestrosa, poco después de cumplir 100 años de vida. Sin duda tuvo una existencia fructífera, aunque escribió poca literatura, supo hacer un periodismo literario, donde solía mostrar su cultura y su magnífica memoria. Recibió toda clase de homenajes y reconocimientos, fue incluso varias veces diputado y una vez senador por su estado natal Oaxaca, del que jamás se desvinculó. Fue colaborador de El Búho, suplemento del diario Excélsior a lo largo de trece años y luego ayudó a fundar, junto con Raúl Anguiano, Silvio Zavala, Leopoldo Zea, Luis Herrera de la Fuente, Martha Chapa y muchos más, esta revista, Universo de El Búho. Formó parte de la Fundación René Avilés Fabila y nos acompañó en más de un evento. Estuvimos presentes cuando la Fundación Sebastián le rindió un hermoso homenaje por su centenario. Henestrosa fue una leyenda viviente y que hoy sigue dando qué hablar. Era un orador eficaz que le concedía especial importancia a la palabra. Decía que se leía de pie y se escribía sentado. Vio pasar generaciones de escritores y a todos les dio apoyo y palabras esperanzadoras. Fue, pues, un escritor generoso. Como político, siempre perteneció al PRI, quizá porque había nacido poco antes de que arrancara el gran movimiento social y se formó en sus valores que luego representaría de alguna manera, antes de convertirse en un organismo autoritario y corrupto. Fue uno de los leales seguidores de José Vasconcelos y más adelante su figura y su simpatía, su periodismo agudo y su ingenioso sentido del humor, lo hicieron de una enorme popularidad.

Hoy nuestra revista no sólo le dedica la portada hecha por un artista muy cercano a Andrés Henestrosa, sino también este encarte que suele ser utilizado para recordar textos poco conocidos y de gran valor. Sabemos que Andrés escribía un magnífico castellano, el que aprendió ya grande con apoyo de los clásicos de España y que fue cercano a los mejores narradores y poetas del país. Ponemos ante los ojos del lector atento, dos trabajos poco conocidos y de verdadera importancia. Uno habla de los dos idiomas que manejó a lo largo de su vida, el zapoteca y el español y se anticipa en mucho a la defensa que hoy muchos hacen de las lenguas nativas de México, el otro es un hermoso y nostálgico relato autobiográfico, de aquella Ciudad de México que conoció alrededor de 1920, cuando dejó su pueblo para aventurarse en la capital. Ambos valen la pena volverlos a publicar.

El Búho

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ANDRÉS HENESTROSA

Dos lenguas, un mundo

Discurso pronunciado en la UNESCO. París, Francia el 23 de abril de 1993

El Encuentro de Dos Mundos fue también el encuentro de dos hombres, de un hombre



Andrés Henestrosa por Ángel Mauro

con otro hombre. Un acontecimiento, descubrir otra tierra; otro, no menor, si no es que más grande, encontrar a otro hombre. Otra sería la historia si sólo se hubiera dado con otro mundo. Una distinta sin el encuentro con otro hombre. No hubiera Nuevo Mundo sin nuevo hombre. Y quien dice hombre, dice idioma, sangre, espíritu, está diciendo, en una palabra, cultura. De la conjunción de todo eso, de armonizarlo tras de violentos conflictos, nació un nuevo hombre, uno que era en una mitad indio, y en la otra, blanco: el latinoamericano, el hispanoamericano, el iberoamericano o el indoespañol, como me place decirlo. Quien logró poner en paz, avenir sus sangres y sus almas es el americano cabal. Y lo que se dice del indio se dice del blanco: el que acepte que a partir de cierto día España no se explica ni entiende del todo sin la presencia de América, es el hispano a cabalidad. Quien logró pasar de lengua india, la suya natural, a la extraña, advenediza; pasar del glifo, del ideograma y la voluta, que eran su alfabeto, a la letra, y los heredó, haciendo de todos uno, realizó una hazaña cultural todavía no ponderada en su magnitud y que raya en lo maravilloso y providencial. Eso de ser un solo hombre y convertirse en dos, uno por cada lengua que habla, y luego de dos hacer una, tiene las trazas de un milagro.

Ocurrió con el nativo y con el extraño. Jerónimo de Aguilar aprendió la lengua de

sus captores y se hizo indio maya. Gonzalo Guerrero fue absoluto indio maya. Doña Marina -lo dice Clavijero- aprendió con suma prontitud y facilidad la lengua castellana y hablaba muy bien, como suyas, la mexicana y la maya. Y ya se sabe lo que eso significó para la Conquista de México. Porque -lo dijo Lebríja- siempre la lengua fue compañera del Imperio.

Las lenguas tienen cuenta silábica, entonaciones, pausas, un ánimo con que se hablan; un esfuerzo físico y otro emocional que cada palabra, frase, párrafo requiere del hablante y que no hay manera de evitar, sortear, imposible de anular. Sin eso no hay lengua posible. En mi lengua natural, el zapoteco, hay monosílabos que tienen la extensión de un polisílabo, de una frase entera. En él se consume aquella fuerza física y emocional que se ha dicho. Todas las lenguas -ahora se habla sólo de las indias- tienen particularidades que las definen y caracterizan. Partículas y aún palabras enteras que nada significan pero que sin ellas no serían idioma. De uno de esos idiomas, dijo Colón, que era el más suave, el más dulce, el más alegre, pues siempre lo hablan sonriéndose. Quien hable una de esas lenguas, como yo, bien lo sabe. Una hazaña del espíritu aún no acabada de medir, repetimos. Y así es. Muchas las llevaron y aún las llevan al cabo. Puede recordarse en este sentido a los primeros indios de lengua náhuatl que pasaron a la lengua española.



Andrés Henestrosa

Mestizos de sangre, espíritu y cultura. Uno, Fernando de Alva Ixtlixóchitl, el solo rival del Inca Garcilaso, Tito Livio del Anáhuac le llamó José de la Riva Agüero. Otro, Hernando de Alvarado Tezozómoc, autor en castellano y náhuatl; ambos, Alva Ixtlixóchitl y Alvarado Tezozómoc, de la nobleza indígena, se formaron en los colegios instituidos por los conquistadores y en los que adquirieron, aparte la religión cristiana, la lengua castellana, la latina y la toscana. Uno más, éste del Perú, doble mestizo de sangre y lengua, Garcilaso de la Vega el Inca, hijo de la ñusta

(princesa incaica) Isabel Chimpuc Ocllo del capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, hijo de Alonso Henestrosa, extremeño de Badajoz, que aprendió en un seno materno el español y en el otro el quechua. En la sala, oyó y aprendió las grandezas de su stirpe paterna, en lengua española; en la cocina, a su madre, abuelos, tíos y servidumbre las grandezas del abuelo materno, en lengua quechua; y cuando hombre, al escribir su obra -Los comentarios reales de los indios del Perú- lo hizo con igual orgullo de sus dos sangres y sus dos lenguas.

Y si alguna vez pareció más inclinado a su estirpe materna, fue porque de ese lado cayó la injusticia. Garcilaso, el Inca, para diferenciarlo de su homónimo el toledano, manejó con igual pericia sus dos lenguas, aunque sólo haya escrito en la española, si bien en sus obras abundan los quechuaísmos, con los que enriqueció su lenguaje sin apartarse de la esencia de ninguna de las dos. A todos prolongo, me prolongo. No su émulo, su secuaz, su epígono, he sido.

El 13 de agosto de 1521 cayó la gran Tenochtitlán-México, en manos de los españoles. Desde ese día el castellano fue la len-



Andrés Henestrosa

gua oficial; cuando cesó el silencio que sobrevino al estruendo de la defensa y caída de la ciudad, la palabra que se oyó era nueva, teñida de las dos sangres del indio y del blanco: la palabra de México, la mestiza. Las lenguas indias no murieron; vivas están, victoriosas de la persecución y negociación que se ejerció en su contra. No era lengua aquella que loaba a ídolos. Idioma aquel que alababa al dios verdadero. Dialectos los llamaron, y jeriogonza, y apenas si ruidos. Y si se aprendieron fue porque pronto se descubrió que sin su dominio fuera imposible penetrar las culturas indias y, por tanto, vencerlas. Las lenguas indias descubrieron lo que la conquista encubrió. Fue como si hubieran roto una acabada vasija y luego se inclinaron amorosamente a unir sus fragmentos, reconstruirla. Ese el origen de los Sahagún, los Motolinía, los Durán, con el náhuatl. Ése el de Landa con el maya. Y el de Córdova, con el zapoteco. Todos en el siglo XVI. De saber lenguas indígenas viene de la excelencia de las obras de los que han trabajado en las antigüedades mexicanas en su siglo, el XVIII, Clavijero; en su era, el XX, Garibay Kintana.

Mi obra literaria es apenas la señal y muestra de un aprendizaje; eso sí, arduo, constante, tesonero. Se inició cuando tras puesta la adolescencia llegué a la ciudad de México, pronto hará sesenta años. Como otros dos que yo me sé, temprano advertí que sin el conocimiento de la lengua españo-

la no sería el hombre que obscuramente soñaba ser. Y eso fue leer libros, memorizar lecciones, consultar el diccionario. Y en esas estoy.

Yo vengo de las lenguas indias. Uno era por cada una de las lenguas que hablaba. Un hombre más fui cuando supe el castellano. Conciliar mis idiomas, hacer uno de los hombres que era, esa pudiera ser la hazaña del alma que me gustaría reclamar como propia.

¿Qué hice, hago, pretendo seguir haciendo con esa riqueza, esos dones y esas herramientas? Lo que todo escritor ha de hacer: servir a sus semejantes; desentrañar a su pueblo; levantar con su canto los muros que defiendan a la patria, integrarla. Porque sin letras no hay patria, no hay república; ninguna existe sin la otra, o ninguna de las dos existe. Por eso se dijo que la pluma y la espada son hermanas. La una no embota a otra. En lo que puede, ése ha sido mi ejercicio literario.

El 12 de abril de 1539 nace en Cuzco, Perú, Gómez Suárez de Figueroa, más tarde el Inca Garcilaso de la Vega. El 26 de abril de 1564, se bautiza en Stratford-upon-Avon, Inglaterra, William

Shakespeare. En septiembre 29 del año 1547, día de san Miguel, se supone nace en Alcalá de Henares, España, Miguel de Cervantes Saavedra. Todos mueren en 1616: el 23 de abril, probablemente, el Inca Garcilaso; el 23 de abril William Shakespeare; en la misma fecha, Cervantes.

En 1495, ahora quinientos años, apareció el vocabulario de Antonio de Nebrija. En él, Nebrija, acorde con el tercer provecho que dijo de su Gramática de la lengua española, aprendí la lengua castellana, mi segunda lengua; logré la otra mitad de mi alma: me integré al mestizo que soy. Decirlo y proclamarlo, en esta fecha, me llena de orgullo.

Por qué llora el niño

Yo, señoras y señores, no soy de aquí, vine de pueblo, aunque al decir verdad cuando llegué, México, digo la Ciudad, no era más que un pueblo grande. Quien la conoció entonces –en la década del 20– sabe lo que estoy diciendo. Mucha gente por las calles, de todas las clases, en abigarrado conjunto. Pero lo que más se veía eran los militares, como si todos estuvieran francos. Cada uno vestía a su manera, gusto y capricho, como Dios lo permitía. Uniforme no había, eso vino después. Éste traía polainas, ese otro camisola y pantalón de kaki, con las cananas al pecho; el de más allá el tejano y el águila de oro, uno más, la forniture de charol y las botas hasta más arriba de las rodillas. Abundaban las piqueras, las fondas, los figones, las taquerías, cantinas al por mayor, grandes y chicas. La palabra cabaret acababa de llegar, era nuevecita, y todavía se dudaba entre cabaret y cabarete, y no se sabía bien a bien a qué clase de establecimiento correspondía, de suerte que cualquier canti-

nita, con tal de que estuviera asistido de mujeres y se bailara, era cabaret. Con cuartilla podía cada quien comer y emborracharse, sino que era muy difícil tener cuartilla. Era toda la ciudad un alegre campo de batalla, de todas las batallas: las de amor, las de flores; todo campo, todo monte: monte de Venus, monte de las cruces, o de las bruces, monte al que todos se iban de bruces. Montaraces todos. Montaraz tú, montaraz él, montaraz yo. Era, más que otra cosa, el imperativo del verbo montar. Después de tantos muertos que produjo la Revolución había una como a manera de imperativo de volver a poblar al mundo, a México en su caso. Fue entonces la primera explosión demográfica mexicana del siglo. Aquella música sentimental y doliente, cuando no agresiva, canalla y lépera, lo mismo llevaba a desear la muerte que amar la vida, dos cosas que por igual conducen a prolongarla. A darla o a quitarla conducían el alcohol, el hambre, la mujer y el lecho. Cuna y urna juntas. La nota roja era entonces el plato del día. La crónica criminal ilustrada con tremendos dibujos a tinta roja era lo primero que se veía y se leía en los periódicos. Quien no vio aquel México, aquella ciudad de México, no supo lo que es canela ni chocolate. Batirlo tampoco.

Noches sórdidas aquellas noches, a la vez que espléndidas, que luego iban a ser de terciopelo, de raso y organdí en el músico-poeta que todos ustedes saben. Caminar por

las calles de la mano de la luna, que entonces no sabíamos cacariza, sino impoluta, era la sola dicha del bohemio. Una melodía remota nos llevaba y nos traía, nos derribaba o nos ponía de pie, hacía brotar una lágrima en nuestros ojos o ponía una blasfemia en nuestra boca. Así aquel hombre en la novela de Renato Leduc, que llevado por el hechizo de una de aquellas noches, trastornado por una realidad inasible, ebrio del afán de morir, matar y de engendrar, lanzó al aire este grito a todas luces estentóreo: ¡Viva México, hijos de la chingada!

Noches y días aquellos que nunca volverán, de los que resta sólo aquello que nos ayudó a vivir, nunca lo que tuvo mal sabor, que como vino se fue: instantáneamente. ¿Dónde se fue aquella ciudad? ¿Existió de veras o sólo fue una visión, una imagen creada por el delirio, un trastorno de los sentidos, también pasajeros? Eso es lo que a ratos se nos antoja una vez que han pasado los años. Suma pudo ser de muchas realidades, de irrealidades, quizás fuera mejor decir. Por que aquel cielo, aquellos luceros, aquellos días y aquellas noches, más parecen ahora que se ven a distancia, fantasmagorías, productos de la mente y el corazón enfermos. ¿Existió Linda Rubós, Teresa Nin, Gudelía Zimota? De ellas no resta sino el recuerdo, un recuerdo a ratos dulce, triste a ratos. ¿Dónde vivían, en qué barrio, en cuál vecindad? Nos encontrábamos en una esquina,

en una pequeña plaza, en un jardín abandonado, todos ellos ahora perdidos en la bruma, en vaguedades, en cosas que más bien parecen inventos que vinieron después. Real nada de aquello pudo ser. Pero es cierto que la vivimos.

La ciudad cabía en la palma de la mano. La conocíamos en todos sus rincones. Mujer al fin la palpamos en todas sus intimidades. Por sus olores nos orientábamos. Ese perfume correspondía al sur, al norte, al oriente, al

poniente, sobre todo al poniente, según. Aquí el barrio de fulana, de zutana y de mengana. El eco de esa melodía viene de este o de aquel barrio. Y siguiéndolo se llegaba al lugar preferido.

Así aquella noche que quiero recordar desde que escribí la primera línea de estas divagaciones. Caminaba yo por las Trancas de Guerrero, venía de Peralvillo, iba en busca de las calles del Pensador Mexicano, que acababa de ser del Recabado. He-



Andrés Henestrosa

mos llegado por fin al oscuro confín del Recabado, iba a decir Renato sólo dos años más tarde. Era la media noche, aullaban sánicas las gatas, lo gatos, perdón.

Una apetencia de mujer, de ósculos, más que de besos, ponía un poco de fiebre en las ingles. Apretamos el paso. No; hasta el Recabado, hasta el Pensador Mexicano no se podía llegar. Pero, además, ¿qué pero se podía poner a El Borrego, a El Imperio, a Camelia 33? ¿Qué tenían otros salones de baile, tugurios que le faltara? Pues aquí me quedo, me dije. Y me quedé. En una pequeña pista tenía lugar un concurso de danzones, improvisado. Como no daba de sí para tantos bailadores y concursantes los danzones se tocaban por tandas, cambiándose las parejas. Cuando no, se bailaba de “palomita” es decir, pidiendo la pareja con un toque en el hombro del bailador. En eso la orquesta, después de una breve pausa, se “reventó” un danzón, entonces clásico, recién estrenado: ¿“Por qué llora el niño”? Creí llegado mi turno. Me adelanté a pedir la pieza a una chamaca, ahora chava, que vestida de ponché verde tierno, transparente, esperaba a pie firme. Como a la dama que era, solicité la pieza con una inclinación de cabeza, como el caballero que yo era. Dejarme solo, grité, en el colmo del trastorno producido por cien desmanes, o desmadres, que es lo mismo. Y me dejaron solo. Ágil era yo entonces, una criatura, un muñeco, un nene, un niño de pecho, de teta, pues: un nunu, mero niño de tutu es

que era yo, como se diría en lxhuatán, mi pueblo, aquél de donde yo vine. Gané la partida entre una docena de contrincantes, por un pasito que sobre la marcha inventé, y que consistía –consiste, mejor dicho, porque aún lo practico–, en fingir una leve caída y como insinuarse hacia las partes pudendas de la dama. Un pasito fue aquél que en estos días he visto dar a los jóvenes, sólo que de modo más abierto y grosero.

Volví en mí, asombrado de mí mismo. Cien pesos de aquel tiempo me dieron, pero no fue ese el premio mayor, sino el de Mercedes Medina, que así dijo mi pareja que se llamaba, quien me regaló las horas que faltaban para el amanecer.

De aquel tiempo sólo sobrevive un nombre, una melodía, una vaga nostalgia, y un entre suave y áspero ejercicio de reconstruir hechos y escenas de una ciudad que ya no es, un mundo que fue y que ya se fue. “¿Por qué llora el niño?”. “Por qué llora el niño”. No se trata de una pregunta, sino más bien de una respuesta. El niño llora porque tiene frío, porque tiene hambre: llora porque quiere mamar, como muy bien lo dice el refrán indio: El que no llora no mama. Otra cosa no me ocurría aquella noche, otra cosa no quería, otro quehacer no tenía que no fuera llorar. Sabio el que inventó el danzón “Por qué llora el niño”, en cuyas breves notas se resumen mil sabidurías. Sabia tú, Meche Medina, y piadosa Meche, que me hiciste aquellas mercedes que no olvidaré. ■